

EL FIN Y LA EUCARISTÍA: SABIDURÍA DE ADVIENTO DE NEWMAN Y KNOX

En un sentido muy real, el fin *siempre* está cerca, y la cercanía de la venida de Cristo nos llama a la acción, a la preparación y a la vigilancia.

9 de diciembre de 2018 P. Charles Fox Ensayo ,



"El juicio final" (1499-1502) por Luca Signorelli. La parte correcta de la composición es "The Damned Consigned to Hell"; La parte izquierda de la composición es "The Blessed Taken into Paradise". [WikiArt.org]

*" Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas,
y en la tierra las naciones estarán consternadas,
perplejas por el rugido del mar y las olas".
—Lucas 21:25*

Tiroteos en masa. Incendios forestales destructivos. Terrorismo. Aborto desenfrenado. La dominación tecnológica de la vida cotidiana. Advertencias de que el cambio climático alterará dramáticamente la vida en la tierra.

¿Son estos signos de los tiempos finales? O, más bien, ¿son simplemente elementos, sin embargo, elementos particularmente terribles, sin duda, del tumulto ordinario de la vida en un mundo caído?

La pregunta, tal como la he planteado, podría decirse que nos presenta una opción falsa. Y eso no es porque haya mezclado diferentes categorías de males: desastres naturales, pecados horribles y tendencias culturales corrosivas; cosas que ciertamente *han* sucedido o *están* sucediendo y cosas que *podrían* suceder.

No, la pregunta que he planteado nos presenta una elección falsa en la medida en que establece una distinción más clara entre cuándo *podría* terminar el mundo y cuándo terminará el mundo de *lo* que justifica el Evangelio. En un sentido muy real, el fin *siempre* está cerca, y ese es el punto más destacado.

La cercanía de la venida de Cristo también nos llama a la acción, a la preparación y la vigilancia.

Newman en nuestra preparación para encontrarnos con Cristo.

El beato John Henry Newman en uno de sus sermones ("Esperando a Cristo", **sermones parroquiales y llanos**) compara la Segunda Venida de Cristo con una persona que está en el punto de la muerte. Tal persona puede morir en cualquier momento, o puede haber un retraso sustancial. Pero la muerte está cerca a lo largo de los últimos días de la persona. Newman, a quien se le atribuye un segundo milagro aprobado por el Vaticano **y cuya canonización ahora puede ocurrir ya en el próximo año**, también compara la Segunda Venida con un comandante militar cuyo ejército ha sido desplegado y está listo para ir a la batalla. El comandante puede dar la orden de atacar de una vez o, considerando una variedad de factores, puede optar por demorar. Pero el ataque es inminente; que *podría* llegar en cualquier momento.

Leemos en el Evangelio para el primer domingo de Adviento:

Tenga cuidado de que sus corazones no se adormezcan
por la excitación y la embriaguez
y las ansiedades de la vida cotidiana,
y ese día lo atrapen por sorpresa como una trampa.
Porque ese día asaltarán a todos los
que viven en la faz de la tierra.
Esté siempre atento (Lucas 21: 34-36).

Este pasaje, al igual que otros textos evangélicos de este tipo, nos llama a estar atentos, a permanecer espiritualmente despiertos y preparados. Debemos buscar las señales de la venida de Cristo, aunque no sabemos exactamente cuándo vendrá.

¿En qué consiste principalmente esta vigilancia? En una palabra, según Newman, consiste en *adoración*. Mantenerse espiritualmente despierto no es primero una cuestión de obediencia moral a Cristo, bueno y necesario como es tal obediencia. Para prepararse para este último encuentro con el Dios Santo, todos los cristianos deben encontrarlo en el contexto de la adoración, particularmente en la adoración ritual de la Iglesia, y más especialmente en la Misa.

En otro sermón, titulado "Adoración, una preparación para la venida de Cristo" (**sermones parroquiales y llanos**), Newman dice que nuestro encuentro con Cristo nuestro juez "será tan repentino como íntimo". Es un cambio tan

grande que se producirá tan repentinamente, pero ¿Eso es todo? Newman pregunta si no hay alguna preparación para este último encuentro con Cristo, en la medida en que la preparación es posible durante nuestras vidas terrenales. "Porque seguramente es nuestra sencilla sabiduría, nuestro deber obligado, prepararnos para este gran cambio; y si es así, ¿hay instrucciones, sugerencias o reglas que nos indiquen *cómo* debemos prepararnos?"

Newman continúa:

Pero, cuando consideramos el asunto de manera constante, comparecer ante Dios y vivir en su presencia, es algo muy diferente de estar sujeto simplemente a un sistema de leyes morales, y parece que se requiere otra preparación, una preparación especial del pensamiento. y afecto, como el que nos permitirá soportar Su rostro, y mantener la comunión con Él como debemos. No, y, puede ser, una preparación del alma misma para Su presencia, al igual que el ojo corporal debe ser ejercitado para soportar la plena luz del día, o el marco corporal para soportar la exposición al aire.

La adoración de la Iglesia sirve como "un medio, tanto moral como místico, de acercarse a Dios". De hecho, Newman describe esta preparación para encontrar a Cristo como la "razón más trascendental" que tenemos para nuestra adoración. La adoración proporciona el modo más directo de compromiso que tenemos con Dios, tiene el efecto más saludable sobre nosotros en la medida en que nos prepara para la vida después de la muerte y nos lleva a la "comunión sacramental" con Dios aquí y ahora. La naturaleza humana en sí no está preparada para la visión de Dios, pero la participación en la adoración de la Iglesia transforma y eleva nuestra naturaleza para que podamos estar ante él sin ser destruidos.

Esta adoración no es, ante todo, algo que ofrecemos a Dios, sino que es primero su regalo para nosotros. Newman escribe:

Así, de muchas maneras, Él, que es juez para nosotros, nos prepara para ser juzgados, "Él, que debe glorificarnos, nos prepara para ser glorificados, para que Él no nos tome por sorpresa; pero para que cuando suene la voz del Arcángel, y seamos llamados a encontrarnos con el Novio, estemos listos.

En su discusión sobre la adoración como preparación para encontrarse con Cristo, Newman no pone mucho énfasis en el Sacramento de la Santa Comunión. Este sermón fue escrito cuando aún era un anglicano, y se enfoca en la adoración y la "comunión sacramental" en lugar de en la comunión misma. Y si bien uno podría seguramente recurrir a otros escritos de Newman para complementar esta comprensión del encuentro con Cristo en la adoración sagrada, hay otro autor, otro sacerdote, converso y erudito inglés, cuyo nombre a menudo está vinculado a Newman, que predicó explícitamente sobre Cristo vino a nosotros como Juez en la Sagrada Eucaristía: **Monseñor Ronald Knox**.

Ronald Knox, la Eucaristía y Cristo como Juez

El encuentro con Cristo en la adoración de la misa tiene un carácter único debido a su presencia real en el sacramento de la Eucaristía. Para Knox, la presencia real evidencia que Cristo anhela la intimidad con su pueblo. En un sermón para la fiesta del Corpus Christi ("La ventana en la pared", **sermones pastorales y ocasionales**), Knox describe a Cristo como el Amante del Cantar de los Cantares, parado justo al otro lado de la "ventana" de las apariciones sacramentales del pan y el vino, y llamando al alma cristiana, "llamándonos a la luz pública; "Llamándonos lejos de los ungüentos y el nardo de la corte de Salomón, que atontan y encierran

nuestros sentidos, a los jardines y viñedos, a los campos y las aldeas, a los aires puros de la eternidad". Este "llamado" es una invitación hecha posible Por un encuentro que se produce por iniciativa de Cristo:

Levántate (dice), date prisa, y ven. Aléjese de la búsqueda ciega de las criaturas, de todos los planes en los que evoluciona su cerebro ocupado para sus placeres presentes y futuros, de las distracciones frívolas a las que se aferra. Aléjese de las preocupaciones y solicitudes sobre el mañana que parece tan urgente, sus pesadas inquietudes sobre el futuro del mundo y las suyas, tan breves de ellas y tan inciertas. Ven al desierto de la oración, donde mi amor te seguirá y mi mano te sostenga; aprende a vivir, con la parte más profunda de tu alma, con todas tus aspiraciones secretas, con todo el centro de tus esperanzas y preocupaciones, en ese mundo sobrenatural que puede ser tuyo ahora, que debe ser tuyo en el futuro.

El encuentro con Cristo también nos ayuda a liberarnos de vínculos más profundos que, si no se los molesta, nos atarán a la tierra y evitarán que nos preparemos para encontrarnos con Cristo en nuestro juicio particular y en el fin del mundo.

Cristo ejerce el poder divino cuando uno lo encuentra en la eucaristía. No se obliga a no querer, pero en la medida en que una persona sea receptiva, esté abierta a la influencia divina, su encuentro con Cristo estará marcado por el cambio, incluso una especie de perturbación, una interrupción de los caminos pecaminosos y la violencia terrenal. Los apegos y una experiencia del poder santificador de Dios. Este encuentro y ejercicio del poder divino sigue el patrón de la vida terrenal de Cristo, en el que a menudo realizó milagros en el contexto de un encuentro personal. "No era parte del programa (de Cristo) glorificar a Dios con milagros producidos en masa; cada persona que curó debe ser llevada a relaciones personales con él, debe poder decir después: "Se volvió y me habló" ("La Sagrada Eucaristía", *El Laico y Su Conciencia*).

El encuentro con el Señor eucarístico brinda una oportunidad para la recepción de la gracia, pero también implica un acto de juicio. Cristo nos ve por lo que somos. Él sabe lo que hemos hecho y no hemos podido hacer. Él percibe perfectamente nuestra preparación (o falta de ella) para recibirlo.

E incluso cuando estamos preparados en un sentido general (es decir, estamos libres del pecado mortal), él conoce las gracias por las cuales estamos preparados y el grado en que permanecemos resistentes a su gracia e influencia. Knox a menudo se afana en su predicación por tranquilizar a los escrupulosos, pero no se escapa del lado desafiante del Evangelio, incluyendo lo que revela sobre el pecado, la debilidad humana y el juicio divino, y nuestra necesidad de arrepentimiento y conversión:

Él te conoce y te hace concesiones; te conoce y puede medir tu capacidad; te conoce, y no te dejes llevar por excusas. Se puede decir si usted está realmente tratando de encontrar él/cuando vaya al altar, o simplemente siguiendo los dictados de la convención; ya sea que vengas en un espíritu de humildad, o que esperes demasiado de él. Él puede decir si la contrición que sientes por tus pecados necesita ser aún más extendida, o si ya está madurando en el amor; si eres capaz de grandes sacrificios o solo pequeños; si su fe es tal que todavía necesita ser tranquilizada, o si puede resistir la prueba de un rechazo.

En otro sermón del mismo volumen, titulado "Hora Santa: Paraíso Terrenal", Knox se refiere a Cristo en la Eucaristía como Juez en el contexto de su tratamiento del pecado de sacrilegio y nuestra necesidad de reparar:

Su presencia en el Santísimo Sacramento está profanada por el descuido, por la irreverencia, por la indiferencia, por las Comuniones desaliñadas; Lo peor de todo, por indignación deliberada. Para tales profanaciones, sobre todo, aquí reparamos, hoy reparamos. *Per ipsum*: el medio amoroso por el cual nuestro Señor trata de alejarnos

del pecado se ha convertido en la causa del pecado fresco a su vez. *Cum ipso*: no tenemos ninguna víctima con la cual hacer la paz excepto este mismo Sacramento que hemos profanado. *En ipso* El juez ante quien debemos enmendarnos nos espera en audiencia, aquí en su trono sacramental. El cuerpo cristiano es y debe ser una solidaridad en todo el mundo, y las blasfemias o profanaciones cometidas incluso en las partes más remotas del mundo deberían afectarnos tanto como si hubieran ocurrido en nuestro propio país, ante nuestros propios ojos.

Las palabras de Knox son consoladoras y desafiantes con respecto al juicio inmediato que Cristo hace cuando nos encontramos con él en la Eucaristía. No se puede hablar de encontrar a todo Cristo en el Sacramento sin reconocer que nos encontramos con él en todas las dimensiones de su identidad. Pararse ante el Santísimo Sacramento es presentarse ante Cristo vivo, Cristo crucificado y resucitado, que es Hijo de Dios e Hijo de Hombre, Maestro y Maestro, Señor y Juez.

Knox habla en términos particularmente vívidos y amonestadores con respecto a aquellos en pecado mortal que consideran acercarse a la Sagrada Comunión sin primero recibir la absolución sacramental, y de ese modo cometer el pecado adicional de sacrilegio. Puede ser tentador pensar solo en encontrar a Cristo bajo sus títulos más fácilmente consoladores que en su título de Juez divino · pero tal visión sería demasiado estrecha para abarcar toda la realidad de la Eucaristía y no serviría ni a la verdad ni a la necesidad humana. para el juicio, particularmente el juicio justo y misericordioso del Señor.

Sin embargo, la preocupación por conocer a Cristo como juez nunca debería disuadir a las personas de acudir a él. Knox alentó a sus oyentes y lectores no solo a la participación fiel en la Santa Misa, sino también a la adoración eucarística. El hecho de que Cristo se haga disponible para tal adoración implica una composición de la condescendencia que ya muestra al hacerse presente en el Sacrificio de la Misa. La adoración prolonga el encuentro con el Cristo eucarístico que se produce en la Misa.

Para hacer que nuestro encuentro con el Señor Eucarístico sea cada vez más fructífero, debemos acercarnos a él "como niños en nuestra sencillez" y nos acercamos al Cordero de Dios que fue asesinado por nosotros "como hombres moribundos en el absoluto abandono de nosotros mismos hacia él" ("Primeras y últimas comuniones", *sermones pastorales y ocasionales*). Nunca debemos fingir que estamos comprometidos en una reunión de iguales, y mucho menos como aquellos que de alguna manera le hacen un favor a Cristo al acercarse a él. Nos acercamos con razón a las actitudes de alabanza, adoración, amor y reparación.

El énfasis de Knox en la humildad en el culto refleja una visión de Romano Guardini. En su libro *El espíritu de la liturgia* , Guardini escribe:

Los requisitos de la liturgia se pueden resumir en una palabra, humildad. Humildad por renunciación; es decir, por la abdicación del autogobierno y la autosuficiencia. Y humildad por la acción positiva; es decir, por la aceptación de los principios espirituales que ofrece la liturgia y que trascienden el pequeño mundo de la existencia espiritual individual.

Según Knox, Cristo se conmueve por nosotros y viene a ayudar a su gente, más allá de lo que razonablemente se podría esperar de él. No lo ayudamos acercándose, sino que solo hacemos nuestra pequeña parte para responder a su insensible condescendencia al acercarnos a nosotros. Sin embargo, al actuar de esta manera, entramos en contacto con aquel que puede santificarnos y salvarnos. Al hacernos pequeños ante Cristo, él nos engrandece, preparándonos para el viaje fuera de este mundo y hacia la vida del cielo.

“Salgamos a encontrarnos con corazones contritos y expectantes”

No sabemos cuándo vendrá Jesucristo nuevamente en gloria para juzgar a los vivos y los muertos, pero sabemos que vendrá, que su venida siempre está cerca, y que no debemos permanecer ociosos hasta ese gran y último evento. Debemos prepararnos para encontrarnos con nuestro Señor.

Según el beato John Henry Newman y monseñor Ronald Knox, dos de los grandes conversos, sacerdotes y eruditos ingleses de los últimos doscientos años, esta preparación se realiza con mayor eficacia en el culto de la Iglesia y, en particular, en nuestro encuentro con Cristo en la Sagrada Eucaristía. Como lo fue en el Calvario, la carne viva de Cristo sigue siendo el instrumento mediante el cual otorga vida y gracia salvadora a su pueblo. La presencia real hace posible un encuentro interpersonal con Cristo en la Eucaristía, y este encuentro hace posible nuestra preparación para encontrarnos con Cristo al final de nuestras vidas y al final de los tiempos.

Es este culto litúrgico y sacramental el que alimenta la vigilancia espiritual a la que Cristo llama a todos sus seguidores en los evangelios. Newman cierra su sermón sobre la adoración y la venida de Cristo a nosotros con un llamamiento a tal vigilancia:

Salgamos a recibirlo con corazones contritos y expectantes; y aunque Él demora su venida, estemos atentos a Él en el frío y la tristeza que un día debe terminar. Asistir a Su convocatoria debemos, en todo caso, cuando Él nos despoja del cuerpo; Anticipemos, mediante un acto voluntario, lo que un día nos llegará por necesidad. Esperémosle solemnemente, con temor, con esperanza, con paciencia, con obediencia; Seamos resignados a su voluntad, mientras estamos activos en buenas obras. Oremos siempre a Él, para que "nos recuerde cuando venga a Su reino", para recordar a todos nuestros amigos; para recordar a nuestros enemigos; y visitarnos según Su misericordia aquí, para que Él pueda recompensarnos según Su justicia en el futuro.